

en semejantes ocasiones suelen desplegar los partidos religiosos.

Entonces cabalmente se volvió á encender la guerra con la Persia, porque el rey Sapor, faltando á la tregua pactada, había atacado en el año 348 la plaza fuerte de Singara, en Mesopotamia, y conseguido tomarla y arrasarla. Poseído de furor el ejército imperial, cayó á fines del verano sobre el campamento persa cerca de Hileya, mandado por un hijo de Sapor. Los imperiales tomaron el campamento por asalto é hicieron prisionero al príncipe persa, pero cansados de matar fueron atacados á la noche siguiente por tropas persas frescas, que les causaron multitud de bajas. Entonces los imperiales, encendidos en ira, mataron al príncipe prisionero, mientras el enemigo volvía á reparar el río Tigris.

En esto llegó el año 350, en el cual sobrevinieron nuevas complicaciones y nuevas desgracias para el imperio. Por lo pronto, el rey de Persia abrió una nueva campaña con fuerzas mas formidables todavía que las anteriores, á fin de apoderarse de una vez y á toda costa del terrible baluarte de Nisibe. La población y la guarnición, á las órdenes de Luciano, desplegaron un valor y un heroísmo imponderables, auxiliadas por el piadoso y valiente obispo Jacobo, que supo animar y entusiasmar á todos de una manera admirable durante los cuatro meses de sitio, en los cuales los persas no omitieron medio para reducir la plaza y acabar con sus defensores. Para inundarla y acercarse á ella con lanchas, porque el suelo peñascoso no permitía otros trabajos de sitio, construyeron un dique en el río Migdonio, que atravesaba la ciudad y venía entonces muy crecido, efecto de la fusión de las nieves en las altas montañas. Cuando estos trabajos no dieron resultado, el rey persa cerró con otro dique la corriente del río mas arriba de la ciudad, para soltar de golpe sus aguas acumuladas contra la plaza y derribar así sus murallas. En efecto, se abrió de esta manera una brecha inmensa; pero el ataque general, apoyado por grandes masas de caballería y elefantes, se estrelló completamente contra la diligencia y el valor de los sitiados, que volvieron á taponar la brecha con toda perfección.

Mientras estaba ocupado y detenido el emperador con sus mejores fuerzas en aquel extremo del imperio, estallaron despues de una larga incubación graves sucesos en el extremo Occidente, que comprometieron la existencia y el dominio de los hijos de Constantino. El emperador Constante, que ya como cristiano era antipático á las notabilidades y á todo el mundo pagano, se había enajenado poco á poco con su conducta la simpatía de toda la población y del ejército. Al principio de su gobierno había despertado esperanzas muy halagüeñas, especialmente en su campaña feliz contra los francos en los años 341 y 342; pero cuando su excelente ministro y mayordomo mayor, Euterio, perdió su influencia y prevalecieron en su lugar hombres como el rapaz canciller Eugenio y otros favoritos, se desarrollaron los instintos perversos de Constante; y mientras los pueblos se quejaban de su gobierno despótico, de su sed de oro y de las consiguientes exacciones y extorsiones, él se entregaba, cuando no le ocupaban asuntos eclesiásticos, á los placeres sexuales mas crapulosos y á la caza. Irritó al ejército por su afición á los germanos, y en especial á algunos esclavos y rehenes muy hermosos de esta raza, á quienes se lo permitía todo. Esta condescendencia vergonzosa y pública inspiró hácia el emperador odio y desprecio en el seno del ejército, sentimientos que se manifestaron en todas partes, y hasta entre las personas de su séquito. De aquí resultó una conjuración contra la dinastía de Constantino. El ministro de hacienda Marcelino, enemigo mortal de toda la familia de los Constantinos, se propuso destronar á Constante y proclamar en

su lugar al general Magnencio, jefe de dos legiones palatinas escogidas. Este Magnencio era hijo de padres francos, que habían sido internados y establecidos como colonos letos en la Galia por Constantino el Grande. Pertenecía á esa especie de germanos, que no se ha extinguido todavía, que empleaban todos sus medios y toda su energía para romanizarse. En su loco orgullo, no pensó que á la larga los romanos recordarian y no le perdonarian su origen germánico, y se lanzó con toda energía é impetuosidad á la revolución.

Su proclamación tuvo efecto en Autun aprovechando una ausencia del emperador, que había ido á una cacería, y que cuando supo lo ocurrido, y que la población rural y las tropas se habían pronunciado á favor de Magnencio, buscó su salvación en la fuga con intención de refugiarse en España. Sin perder un instante se puso en camino con un puñado de fieles; pero cerca ya de los Pirineos fué alcanzado, en la pequeña ciudad de Helena, hoy Elun, por un destacamento enviado en su persecución y mandado por un oficial franco llamado Gaiso. No valió al infeliz el asilo sagrado del templo donde se había refugiado, porque en él fué acuchillado y espiró, en 18 de enero de 350, en los brazos del germano Laniogaiso, soldado de la guardia de palacio y el último compañero que le había quedado.

Todas las provincias de Occidente, hasta las fronteras de la Iliria, reconocieron en el primer momento de entusiasmo á Magnencio. El peligro era grande para Constancio, que detenido en la Mesopotamia para librar especialmente la plaza de Nisibe, no veía ni tenía medio alguno de impedir que las provincias ilíricas se pasasen al usurpador, en cuyo caso su situación habría sido mucho mas desesperada que la de Licinio cuando su padre hizo la última campaña contra él. En estas circunstancias le salvó el espíritu de indisciplina que súbitamente se volvió á manifestar en las legiones ilíricas, las cuales para no someterse á un emperador de extracción franca, proclamaron emperador en lugar de Constante á su propio general Vetrano, militar valiente, sencillo é incapaz de conocer las arterias á que Constancio había de apelar tan pronto como se viese libre del peligro mas inminente.

Constancio no tenía las grandes dotes de su padre; pero el peligro inmenso en que se hallaba avivó su ingenio, sagacidad y energía hasta llegar á parecer digno hijo de Constantino el Grande. Al principio no le permitió su orgullo reconocer á Vetrano, ni menos á Magnencio, porque se creía único heredero legítimo de su hermano; pero cuando comprendió que la proclamación de Vetrano era el mejor medio, en las circunstancias en que se hallaba, para oponer un dique á la extensión del poder de Magnencio, entró con él en relaciones amistosas y llegaron finalmente á entenderse. Era necesario, para emprender de comun acuerdo las operaciones de la guerra contra Magnencio, que Constancio se encontrase desembarazado del lado de la Persia, y quiso la suerte que en el campamento persa delante de Nisibe faltaran víveres y nacieran epidemias que obligaron al rey Sapor, mal de su grado y despues de haber experimentado grandes pérdidas, á levantar el sitio y reparar el Tigris. Como además las tribus salvajes de la parte nordeste de la Persia hicieron por entonces irrupción en los dominios de Sapor, este tuvo que firmar una tregua de nueve años, y dejó libre á Constancio para emplear sus tropas en Europa.

Magnencio hizo proposiciones á Vetrano, pero Constancio las hizo mas ventajosas, reconociendo á este como co-emperador, proponiéndose deshacerse de él cuando hubiese pasado el peligro, y además le ofreció y dió por esposa á Constancia, la viuda de Anibaliano. Entre tanto procuró hacerse propicios secretamente, con promesas y regalos, á los oficiales y

jefes del ejército ilirio, en cuyo trabajo le auxilió activamente el alamano Gomoazo, jefe de una sección de la guardia imperial. Para sellar la perfecta inteligencia se acordó una entrevista entre Constancio y Vetrano, que se verificó efectivamente en la ciudad de Naiso, en el mes de diciembre del año 350; pero allí Constancio subió á la tribuna, y contra todo lo que podía esperarse de él, pronunció un discurso tan hábil, conmoviendo á las legiones con recuerdos de su padre, que las tropas de Vetrano, electrizadas, se pasaron en masa á las filas del hijo del gran Constantino, cuya sombra había velado por Constancio en esta ocasión. Vetrano no tuvo mas remedio que abdicar voluntariamente, como lo hizo, en 24 de diciembre. Constancio, contra su índole y costumbre, se mostró benigno y permitió al anciano general pasar los seis años del resto de su vida tranquilamente en Prusa de Bitinia.

La lucha con Magnencio fué mas seria, si bien este, pasado el primer entusiasmo, se convenció de que los romanos le soportaban con poca simpatía. Aprovechando estas circunstancias en Italia, Nepociano, nieto de Eutropia, la hermana menor de Constantino el Grande, el cual por una casualidad se había librado de la matanza de su familia en el año 337, reunió una banda de gladiadores y vagabundos y se hizo proclamar emperador el 3 de junio del año 350. El prefecto de Roma, Anicio, no pudo oponer al nuevo usurpador mas que fuerzas del mismo jaez, que fueron derrotadas y atrajeron sobre la capital por parte de los vencedores un saqueo en el cual muchas personas perdieron la vida. Magnencio, enérgico y rudo, hallándose entonces en la edad mas robusta, entre cuarenta y cincuenta años, no era hombre de dejarse ganar la partida sin emplear hasta los recursos mas



Constancio II, hijo de Constantino el Grande.

Medalla de oro reproducida en tamaño natural. Su peso es el de una octava parte de libra romana, y su equivalencia de 9 sólidos. En el anverso lleva el busto del joven emperador teniendo en la mano izquierda una estatua de la Victoria; la leyenda dice: D(ominus) N(oster) CONSTANTINVS MAX(imus) AVGVSTVS. En el reverso se ve al emperador en un carro triunfal tirado por seis caballos. Debajo figuran, entre las letras A y N, que significan *Antioquia*, donde fué acuñada la medalla, varias distinciones honoríficas y diferentes objetos distribuidos al pueblo en las procesiones triunfales: tres guirnaldas, tres collares (*torques*), y en el centro una vasija llena de monedas hasta desbordarse. La leyenda está bien clara y no necesita explicación. El original se halla en el Real gabinete numismático de Berlín.

desesperados. Reunió fondos, sin mirar en atropellos para enganchar soldados, especialmente francos y sajones; y para atraerse las simpatías de la población romano-pagana permitió, aunque él era cristiano, los sacrificios mágicos nocturnos y otros usos paganos suprimidos. Su amigo y canciller Marcelino, á la cabeza de tropas regulares derrotó á Nepociano, que fué muerto y su cabeza clavada en una pica paseada por las calles de Roma. Su efímero gobierno había durado solo veintiocho dias, pero había costado la vida no solamente á él sino también á todos los miembros de la familia constantina establecidos en Roma, sin exceptuar las mujeres, pues todos, con muchos partidarios de la familia, fueron sacrificados y confiscados sus bienes por orden de Marcelino.

Magnencio para salir de su situación comprometida y obtener de todos modos la ventaja del ataque, emprendió en el año 351 la campaña ofensiva contra Constancio, despues de haber nombrado César á su hermano Decencio para que se encargara en su ausencia del gobierno de la Galia. Constancio por su parte nombró César en 15 de marzo de 351 á Galo, el mayor de sus dos primos, hijos de su difunto tío Julio Constancio, que se habían librado del degüello del año 337, y para mejor interesarle en su política casóle con la tantas veces engañada princesa Constancia, designándole por residencia á Antioquia. El ejército que Constancio pudo reunir, haciendo esfuerzos extraordinarios, dicen los historiadores que llegaba aproximadamente á 80,000 hombres. El de Magnencio era numéricamente muy inferior, porque tuvo

que dejar guarniciones en las provincias de donde salía y que como dijimos se habían ya cansado de él; pero la mayoría de sus fuerzas consistía en germanos aguerridos, y él mismo era muy perito en el arte militar.

En la primavera ó á principios del verano del año 351 se encontraron al parecer los dos rivales con sus ejércitos en la cuenca superior del Save. Constancio, con numerosa caballería, trató desde Siscia de cerrar el paso á su contrario, que llegaba desde Emona y había destrozado en los desfileros de Adrante á un cuerpo avanzado de Constancio; pero cuando Magnencio quiso pasar el Save, cerca de Siscia, fué rechazado por un ataque del ejército oriental, el cual con esta operación conservó libre la retirada á la posición fuerte de Cibala, en la parte oriental del territorio situado entre los rios Save y Drave. Desde allí entró Constancio en negociaciones con su adversario, no se sabe si por temor ó por astucia para engañarle, como había engañado á Vetrano; pero las condiciones de Magnencio eran demasiado exorbitantes para ser aceptadas, porque exigió la abdicación de Constancio y la cesión de toda la parte oriental del imperio. Desde entonces cambió la situación á favor de Constancio. Magnencio, dejando á su flanco el ejército enemigo, se dirigió contra la plaza de Mursa, á orillas del Danubio; pero habiéndose defendido la ciudad con valor y decisión, tuvo Constancio tiempo para acudir á su auxilio con toda su fuerza. Cuando los dos ejércitos estaban frente á frente, el joven general Silvano, hijo del jefe franco Bonito, se pasó con toda la

magnífica caballería de la guardia imperial á las filas de Constancio. Silvano habia recibido el mando de este cuerpo por orden del difunto Constante, y al llegar el momento decisivo no quiso combatir contra el hermano de su bienhechor. Al propio tiempo los de Mursa descubrieron una celada que Magnencio habia dispuesto para caer sobre el ejército oriental en caso de que éste tomara aquella direccion, y destruyeron completamente el cuerpo de ejército destacado con aquel objeto. El 28 de setiembre del año 351 se dió la batalla llamada de Mursa, que fué una de las mas sangrientas y mortíferas de cuantas se habian librado en las guerras civiles del imperio. Constancio tenia apoyada su derecha en el rio Drave y concentrada en la izquierda toda su caballería, la cual cayó sobre la enemiga y la dispersó. La infantería de Magnencio resistió hasta la entrada de la noche; entonces cedieron y huyeron las legiones romanas del usurpador, y la caballería de Constancio se arrojó con formidable ímpetu sobre las secciones germánicas, que diezmadas ya por la lluvia de flechas de los arqueros asiáticos, emprendieron tambien la fuga, ahogándose muchos en el Drave; cincuenta y cuatro mil cadáveres cubrieron el campo de batalla, perteneciendo mas de la mitad al ejército de Constancio, que segun se dijo despues, habia vencido por consecuencia de las oraciones del obispo Valente, de Mursa, y del obispo Ursacio, de Singiduno, jefes principales de la iglesia arriana.

Constancio agradecido ascendió despues al jóven Silvano á general de infantería; pero tan debilitado debió de quedar de resultas de la batalla contra Magnencio, que se retiró á Aquileya, y la campaña quedó interrumpida hasta mediados del año siguiente. Entre tanto, la escuadra de Constancio consiguió que el Africa romana, España y la mayor parte de Italia se declararan á favor suyo. Para cortar á Magnencio la retirada á la Gália apeló Constancio al recurso infame y anti-patriótico de excitar á los alamanos por medio de cartas y regalos en dinero, á efectuar una gran irrupcion en aquel país.

Cuando á mediados del año 352 Constancio volvió á abrir las hostilidades contra Italia, sus tropas pasaron los desfiladeros de los Alpes, y entonces la situacion de Magnencio, á pesar de las ventajas que obtuvo en una accion á orillas de Tesino, se hizo del todo insostenible tanto en Italia como en la Gália. En el año 353 perdió otra batalla en los Alpes Cocios y huyó desesperado á Lyon, donde temiendo ser entregado con su familia á Constancio por sus propios soldados, mató á su madre, despues á un hermano y finalmente se suicidó. El otro hermano, Decencio, el César, habia sido derrotado por el jefe alamano Cnodomaro, y habiéndose retirado á Sens, donde fué sitiado por los alamanos, se suicidó tambien.

En el mes de agosto del año 353 quedó Constancio soberano único de todo el vasto imperio; mas no para bien de sus pueblos, porque desde entonces solo prevalecieron en el carácter de Constancio sus cualidades malas.

Constancio tenia muchas cualidades excelentes; como gobernante era laborioso y activo, en lo cual le sirvió de mucho su salud de hierro, y como cristiano cumplia con todas las prescripciones materiales y severas de la religion. En medio de su corte fastuosa vivia sóbrio y casto, sin que la calumnia se hubiese atrevido á poner en duda su sobriedad y continencia. Era instruido, y estaba siempre dispuesto á sacrificar el descanso y hasta el sueño á los negocios. Pero á pesar de esto, jamás fué soberano simpático ni popular. Era rígido, sombrío, terco y mezquino en materia de etiqueta y ceremonias; su ambicion y su orgullo de autócrata le habian movido en los primeros dias de su reinado á disponer ó consentir aquella horrible matanza de su familia; y

á consecuencia de ella, se habia formado en torno suyo un vacío tanto mas lúgubre, cuanto que su desconfianza y sus recelos permanentes le hicieron cometer actos de despotismo sangriento que le rebajaron al nivel de sus predecesores paganos mas crueles. El espionaje político, las delaciones falsas, los instrumentos de tortura y los verdugos, apenas descansaron en todo su reinado. Carecia de los arranques de grandeza de su padre; era un carácter frio y egoísta, y aunque de inteligencia penetrante y clara, y conocedor de las debilidades humanas, no tenia ningun impulso de generosidad ni benevolencia, ni siquiera por prudencia y en interés de su dignidad y aparato soberano; de suerte que casi jamás ejecutó un acto de gracia en las causas políticas criminales. El temor constante de asesinatos le echó sin quererlo en brazos de la mas infame camarilla, al paso que el recuerdo de la sangre derramada de sus parientes y de otras personas le hizo cada dia mas devoto y fanático. El mas importante de toda la camarilla que á espaldas de este monarca tan celoso de su dignidad é independencia explotaba y robaba descaradamente á los súbditos, era el mayordomo mayor Eusebio, al cual podia aplicarse el dicho sarcástico del antiguo historiador Amiano: «El emperador tiene mucho crédito y favor con su mayordomo.»

Ni siquiera ocurrió á Constancio la idea de aliviar en algo la triste situacion en que la última guerra interior habia dejado á la poblacion en muchas partes del imperio; y en lugar de ampliar, por prudencia á lo menos si no por generosidad, la amnistía proclamada á raíz de la batalla de Mursa, é inaugurar de esta manera una nueva era de conciliacion y de paz interior, organizó en las provincias que habian soportado el efímero reinado de Magnencio, una verdadera caza sistemática de los partidarios verdaderos, ó supuestos, del difunto usurpador, y durante dos años el Occidente sufrió el espionaje, las delaciones, los tormentos, las sentencias de muerte, las confiscaciones y los destierros inspirados por el recelo del autócrata. Entre los sayones á quienes encomendó esta mision en el mes de octubre del año 353 en su cuartel general de Arles, el mas infame fué el secretario Paulo, llamado por sobrenombre *Cadena*, que con sus compañeros perdió á muchos inocentes con objeto de robar y enriquecerse.

Por desgracia, la influencia de la camarilla imperial no se limitó á sembrar el luto y el terror en las familias, sino que puso tambien en grave peligro la seguridad é integridad del imperio privándole de uno de sus mejores defensores de la frontera del Rhin.

La situacion del Nordeste de la Gália habia llegado á ser desesperada desde la marcha de Magnencio á la provincia de Iliria, y mas todavía por efecto de la política infame de Constancio, el cual como hemos dicho habia excitado á los enemigos, los alamanos, á invadir el país, como habia sido invadido en el siglo III á la muerte del gran Póstumo. Masas de bárbaros, sajones, francos y alamanos recorrían aquellas comarcas assolándolo todo, destruyendo ciudades y llevándose, entre un inmenso botín, innumerables habitantes al otro lado del Rhin, en calidad de esclavos. Muchas poblaciones fueron abandonadas por sus habitantes antes que los invasores llegaran. Hasta Autun estaba el país á la merced y en manos de los bárbaros.

En este estado de cosas trató Constancio de dar una arremetida desde la parte de Basilea á los alamanos en el año 354 y otra en la primavera siguiente, por el lado oriental del lago de Constanza, llevando consigo al general de caballería Arbecio; pero esta expedicion no produjo resultado ninguno. Mejor lo obtuvo el jóven Silvano, ascendido á general despues de la batalla de Mursa, á quien el emperador envió

como legado á Colonia para defender la frontera por aquel lado. Silvano era un carácter noble que se habia asimilado lo mejor de la civilizacion romana sin perder las cualidades buenas de su raza. Humano y honrado, era tambien buen militar, y por su pericia y conocimientos pudo pasar, entre Autun y Reims, por en medio de las numerosas hordas alamanas que sin mas plan que la destruccion y el saqueo asolaban el país. Al llegar á Colonia se encargó inmediatamente del mando, y procedió con tal energía y acierto que pudo esperarse fundadamente que restableceria la seguridad en todo el Norte y Nordeste de la Gália, obligando á los francos á respetar la frontera. Esto excitó la envidia del ya citado general Arbecio, el cual, con otros personajes elevados de la corte, residente á la sazón en Milan, urdió una conspiracion diabólica para perder á Silvano en el concepto del emperador. Hicieron, pues, creer á Constancio que su protegido Silvano pensaba imitar á Magnencio. Un amigo de Silvano en la corte, el comandante del cuerpo llamado de los Gentiles, Malarico, con el auxilio de otros francos de servicio cerca del emperador, consiguió desbaratar las intrigas urdidas contra su paisano, descubrir toda la conspiracion y hacer que sus autores fueran severamente reprendidos; mas por desgracia la justicia llegó tarde, porque advertido Silvano del peligro que le amenazaba, y conociendo al emperador y á sus consejeros, juzgó que sería pueril fiarse en su inocencia, y como tampoco era prudente buscar asilo entre los paisanos bárbaros de su padre, no halló mas medio de salvarse que rebelarse de veras. Cuando la noticia de la sublevacion de Silvano llegó á Milan, valiése el emperador de una astucia rastrera para perder al rebelde. Fingió ignorar todavía el pronunciamiento, y aparentando la mayor buena fe envió al lado de Silvano á un general de caballería llamado Ursicino, del cual era notorio que estaba muy mal visto en la corte. Silvano le recibió como compañero de desgracia, con toda franqueza y amistad, y Ursicino correspondió á esta acogida sobornando secretamente á dos secciones de tropa gala, que una noche, veintiocho dias despues de la proclamacion de Silvano, se sublevaron y le mataron. Entonces empezó la persecucion y degüello de los partidarios del difunto, si bien Constancio se dió prisa á mandar suspender los actos de venganza para no irritar demasiado á los demás jefes francos que estaban al servicio de Roma.

De esta suerte la frontera del Rhin quedó á merced de los bárbaros; los francos pasaron el rio en masa y se apoderaron en el mismo año 355 de la importantísima plaza de Colonia; los romanos tuvieron que abandonar tambien la orilla izquierda del Rhin á los bárbaros, y la miseria en el Norte de la Gália llegó á un extremo espantoso. En tan terrible situacion, otro franco llamado Charieto organizó por su cuenta una atroz campaña de guerrillas contra los bárbaros. Charieto durante muchos años habia sido jefe de partida y saqueado las comarcas fronterizas de la Gália, esparciendo el terror entre los habitantes; pero habia reñido con los suyos, no se sabe por qué motivos, y se habia establecido en territorio romano, viviendo por lo general en Tréveris. Este hombre, de elevada estatura, fuerza atlética, grande arrojo y mucha práctica en la guerra de partidas y merodeo, organizó una banda numerosa de foragidos; y acechando á las de sus paisanos los bárbaros, al regresar de sus correrías cargados de botín, les sorprendia cuando estaban ebrios y dormidos en las espesuras de la selva, para cortarles la cabeza y quedarse con el fruto de sus rapiñas. Tantas cabezas cortó y tan misteriosas é imprevisas eran sus fechorías, que pronto aterrorizó á los bárbaros germanos; pero por feliz que fuera en sus empresas y por grande que fuese el resultado general que alcanzó, no era persona para confiarle permanentemente

la defensa de la Gália. Para esto y para conservar este país á la dinastía constantina habria sido menester que Constancio se encargara en persona del gobierno y de la defensa y estableciera su residencia junto al Rhin ó el Mosela. Como esto no podia ser, envió en su lugar al último vástago de su familia que habia quedado disponible. Este era su primo Flavio Claudio Juliano, que habia nacido en el año 331 y que á la edad de siete años se habia librado con su hermano Galo, que á la sazón tenia de doce á trece, de la terrible matanza de la familia imperial en el año 337.

Los dos hermanos, despues de aquel horrible suceso, fueron entregados con anuencia de Constancio al obispo Eusebio de Nicomedia, y cuando fueron algo mayores hicieron sus estudios en las escuelas públicas de aquella capital bajo la direccion de un viejo eunuco de su familia, y despues fueron trasladados por orden del emperador, receloso siempre, al castillo fuerte de Macelo, cerca de Cesarea en Capadocia. En aquel retiro tomó cuerpo en el ánimo de Juliano la idea de restablecer el paganismo, que años despues trató de realizar. Los dos hermanos fueron educados en la religion cristiana, y Galo, el mayor de los dos, se prestó dócilmente á ello; pero no así su hermano Juliano, dotado de un espíritu que en los primeros tiempos habria hecho de él un héroe, y de un carácter y un talento sensibles á las bellezas del arte y de la antigüedad clásica. El cristianismo que se le presentó cuando niño no podia serle simpático, porque representado por su tio Constancio, le consideró como el feroz exterminador de su familia; y si se sometió, porque no era posible otra cosa, á las exigencias ásperas y ascéticas de la religion ortodoxa, y si su genio brillante se apropió los conocimientos varios que la educacion cristiana le proporcionaba, no pudieron serle simpáticos ni el fanatismo sombrío ni las apasionadas disputas dogmáticas que tenían encendida la Iglesia en su tiempo, especialmente la de Oriente. Es muy probable tambien que nunca llegara á conocer entre los cristianos mas distinguidos con quienes estuvo en contacto, ninguna alma verdaderamente grande y noble, y así se explica su aversion al cristianismo. Juliano sentia hervir en su pecho el entusiasmo de los grandes capitanes, tenia especiales dotes de mando y grande amor á lo bello, y estos sentimientos se inflamaban en su corazon tanto mas, cuanto menos podia utilizarlos ni satisfacerlos. No es extraño, pues, que dirigiera su mirada á las grandezas y magnificencias del antiguo mundo griego; y cuando la suerte quiso que realizara sus ideales, era natural que hiciera lo que hizo.

Cuando el emperador nombró César á su sobrino Galo y le destinó á Antioquía, mientras él iba al encuentro de Magnencio, en el año 351, permitió tambien á Juliano volver á Constantinopla para dedicarse allí á sus estudios; pero viendo que con sus dotes extraordinarias llamaba mucho la atencion, volvióle á internar muy pronto en Nicomedia, donde el jóven conoció á varios representantes de la filosofía neo-platónica y se hizo adepto de ella. Esta escuela, fundada en Alejandría por el gran sabio Plotino, que vivió desde el año 205 hasta 270, representaba entonces, con la gloria de los últimos académicos y representantes de la filosofía de Aristóteles, el último resplandor de la filosofía antigua, y contaba entre sus adeptos las inteligencias mas notables del imperio oriental que defendían el mundo antiguo griego en el terreno religioso y científico contra el cristianismo, cada vez mas pujante y dominador. La filosofía neo-platónica, compuesta de ideas del platonismo antiguo completadas por Aristóteles, y de conceptos orientales, correspondía perfectamente á la era del sentimentalismo que entonces se iniciaba en el mundo greco-romano bajo una forma mística, unida, especialmente en el siglo III, á una moralidad mas ideal que